

CONFINADOS, PERO NO FINADOS. LECTURAS DE UNA PANDEMIA



Eleder Piñeiro Aguiar

Universidade da Coruña,
España

VIRUS Y PARÁSITOS

Ganó por primera vez el Óscar una película de habla no inglesa, *Parásitos*, y casi sin tiempo a celebrarlo el mundo se puso a hablar de virus y de estar confinados. Esta palabra significa, según la Real Academia Española (RAE), la “pena de estar en una situación de confinamiento”.

Pena como castigo, pena como lástima e incluso pena como vergüenza, tal como se enuncia en varios países latinoamericanos. Es significativo que la película mencionada trate en cierto sentido acerca de esto: familia de estrato bajo condicionada por la precariedad, el hacinamiento y la inestabilidad entra en contacto con familia de clase alta, a la que parasita para poder sobrevivir. En cierto sentido el virus, en este caso el COVID-19, hace algo similar, pero desde una biología a la que el antropocentrismo le cuesta entender: se trata de un organismo muerto que vive gracias a otro vivo. Y, para protegernos de él, esto es, para vivir, la opción es en cierto sentido llevar a cabo actos de muerte social: no relacionarse, no contactar, no abrazar, no besar... y confinarnos. Al igual que lo estaba el ama de llaves y su esposo en el sótano de la mansión de la película mencionada.

Inicio por aquí porque uno de los pensadores más influyentes de nuestra época, Zizek (2020), defendió que el “coronavirus asesta un golpe letal al capitalismo”, como en la película *Kill Bill* en la que con la técnica de 5 golpes al corazón la protagonista consumaba su venganza, siendo paradójico que tras el golpe Bill moría cuando comenzaba a andar. Pero unos minutos antes de esa escena se produce un diálogo en donde se habla de la vida-muerte y del poder de Superman, que es el único superhéroe que, al contrario de otros, se esconde de la humanidad para no recordarnos lo efímeros que somos. Todo lo contrario, fue sucediendo en las imágenes que veíamos de sanitarios por todo el mundo, defendidos como héroes anónimos, sin capa, que combatían a la enfermedad y su propagación en hospitales, unidades de cuidados intensivos, ambulancias, centros de salud, etc. Hasta tal punto que Banski elaboró una nueva obra en la que una niña desecha sus muñecos de Superman, Batman y Spiderman para jugar con una figura de una enfermera.

Pero para que se llevase a cabo esta canonización laica del personal sanitario, ritualizada en España con aplausos desde las ventanas todos los días a las 20.00 horas, a la vez que en “notas al pie” del homenaje (y en redes sociales) se hacían llamamientos a defender la sanidad pública, universal y gratuita, en paralelo se fueron produciendo imágenes y relatos de las consecuencias del virus. Cómo se propaga, qué perfiles son de riesgo, dónde se están produciendo más contagios, cómo afronta esto la sanidad pública y privada, qué puede hacer el Estado y el gobierno para parar la epidemia (desde marzo pandemia según la OMS), etc. Y todo eso llevó a repensar la racionalidad científico-técnica y su preocupación por las causas primeras: primer contagio, paciente cero, transmisión inicial, por qué un murciélago, por qué una sopa... ¿y dónde está Wuhan?



EL MAPA: DÓNDE ESTÁ WUHAN

Cada vez que pienso en un mapa o veo uno me viene automáticamente a la cabeza la obra de Borges (1960) *Otras inquisiciones* en donde en una enciclopedia el emperador chino clasifica las especies, pues al fin y al cabo somos el único ser sobre el planeta que clasifica e incluso en ocasiones se vanagloria de ello. Este relato de Borges le sirve a Foucault (1982) para iniciar *Las palabras y las cosas*, donde expone que el listado solamente tiene una línea de continuidad en la numeración que el emperador hace, pues las categorías ni son excluyentes, ni contingentes, ni mensurables. De la misma manera un mapa (por fuera de las manos de un geógrafo o de un militar) tan solo condensa un trozo de realidad quizá para sobrellevar de la mejor manera el pensarnos vecinos del mismo orbe. El mapamundi que tengo en mi habitación, reconvertida en gimnasio-despacho en este confinamiento, me sirve para verme formando parte de la especie humana, para recordar encuentros en otras latitudes y para imaginar otros nuevos. Para vivir lo más humana y socialmente posible, al fin, y así tratar de transformar la distancia social de la que hablan los medios y los políticos solamente en una distancia física pasajera. Y me sirve, también, para conocer dónde está Wuhan.

Y prosiguiendo con la búsqueda me entero que esa ciudad china es conocida por sus hornos. Hay quien quiso ver todo un simbolismo en esto: el horno y la fábrica como metáforas espaciales y biopolíticas de la modernidad; el calor como lugar infernal desde el que se le impone un castigo a la humanidad por haber excedido sus relaciones con la naturaleza y por querer jugar a ser dios. Quizá en el futuro existan compañías turísticas que en vez de vender paquetes a playas paradisíacas vendan rutas por el capitalismo de la catástrofe: Chernóbil, Zona Cero del Trade Center, la gruta de los 33 mineros en Chile, zonas devastadas por terremotos, Wuhan. “Sobreviva al viaje y siéntase como un héroe”, nos dirán.

CONSUMO DE DATOS: ASSANGE

Y esto me lleva a pensar en otra forma de consumo en otras espacialidades y territorios: la red, la nube, la galaxia internet. Si *Parásitos* nos sirvió para conocer lo efímero del éxito (leído como acontecimiento narrado en las noticias de manera repetitiva) cuando sobreviene una catástrofe, que el confinamiento haya sorprendido a Assange *in media res* con respecto a la justicia y a varios países no puede pasar tampoco desapercibido. Y más cuando a los pocos días de entender al COVID como un “hecho social total” (Mauss, 2009) comenzaron a aparecer noticias acerca del aumento

de datos móviles, conexiones wifi, ventas por internet, aumento de empresas como Amazon, Google, Glovo, etc., memes compartidos por colegas en chats de WhatsApp, retos virales en Facebook, Twitter, Instagram, TikTok y videollamadas en múltiples plataformas como Meetic, Teams, Zoom, etc. De repente, mi tiempo de ocio y trabajo fue mediado por una pantalla y así, se iban sucediendo las reuniones vía Teams de Outlook (plataforma utilizada por mi universidad) en donde en diferentes juntas de facultad, departamento, comisiones, etc. se iba hablando de cómo finalizar el curso académico en las mejores condiciones. Consumo informático en el trabajo a la vez que se consume la vista, la electricidad, los datos móviles, el wifi y el propio aparato, mediado por una obsolescencia programada que es más cercana dada el uso masivo de estos dispositivos. Por las redes circuló una afirmación que decía algo así como que los profesores no solamente estaban siendo empleados como mano de obra, sino que además ponían ellos mismos los medios de producción: electricidad, ordenadores y contratación en sus hogares de internet. A esto se suma que la productividad académica de las mujeres se redujo en detrimento de los varones, condicionadas aquellas por el mundo de los cuidados feminizado que no considera todo lo necesario la conciliación familia-trabajo.

Se produjo asimismo en una de las video-reuniones un hecho curioso. Era jueves, estaban varios profesores, personal del departamento, equipo decanal y representantes de estudiantes. En un momento de la conversación se expuso que el día anterior entraron en la plataforma de la Universidad 200 000 personas, colapsando el sistema. A modo de broma pregunté si es que habían abierto el plazo de matrícula (mi universidad, la Universidade da Coruña cuenta con unos 25 000 alumnos), pero hubo un silencio por respuesta. Resultó que parte del alumnado hackeó el sitio web como protesta (tuve que buscar en Google qué era un *boot*) ante la incertidumbre de un final de curso en donde no se ve ni representada ni protegida. Supongo que serán así las nuevas formas de protesta, sobre todo si avanzamos hacia ese modelo mixto de teletrabajo que tanto centros educativos como ciertas empresas y gobiernos nos piden. Eché en ese momento de menos a Assange y me acordé de Haraway (2006) y su *devenir cyborg*, pero también de sus propuestas de los monstruos (Haraway, 1999). Al fin y al cabo, la era moderna también inicia con autómatas y ese ser mitad humano mitad máquina que es Frankenstein (el monstruo fue su creador, no lo olvidemos). Pero también eché de menos la protesta en la calle, la huelga, el derecho a reunión y las asambleas donde se debate por y para el común.

La plataforma, como la letra, lo aguanta todo; pero el movimiento social, apartado de lo público, no. Y si es verdad, con Derrida (1989), que “no hay nada fuera del texto”,



resulta, además, que el texto es el contexto. Realidad y telerrealidad son ya lo mismo en este sentido. Si hace unos años Zygmunt Bauman (2012) se quejaba del anonimato de las redes, Manuel Castells (1997) (el de *La era de la información*, hoy ministro de Universidades en España) contestaba que no hay una realidad y una virtualidad, sino que todo es realidad. Y esa nueva realidad (“nueva normalidad”, dicen) ha venido para quedarse o al menos Castells y otros lo pretenden, queriéndonos llevar hacia el teletrabajo y hacia la docencia *online*. Me lleva todo esto a preguntarme qué es un alumno, cuánto cuerpo ocupa un aula, si esa aula pierde contenido (física y significativamente hablando); y qué es un maestro, si las nuevas realidades empujan más a que me convierta en asesor y mediador que en acompañante y guía. Los peripatéticos han muerto o más bien los hemos matado a base de quietud, pantallas, *streaming* y *links*.

CONSUMO Y GASTO ENERGÉTICO: ALACENA Y DEPORTE. EN BUSCA DE UNA RUTINA

Pero ante la angustia y el tedio (sentimientos de la modernidad expuestos entre otros por Baudelaire (1962) y Benjamin (2005)) causados por el cambio que supone reconocer que nuestras vidas son más maleables y precarias que nunca, lo poco que se puede hacer es acogerse a unas rutinas autoimpuestas, como una especie de salvavidas en la que se resiste a dicho cambio desde una lógica de querer controlar lo poco que tenemos: nuestro cuerpo, o al menos parte de él. Tras reuniones y teletrabajo se producían, en la noche, videollamadas con amigos y familiares comentando sobre todo 3 cosas: cómo se estaba sobrellevando el confinamiento y qué tal la salud; qué opiniones había sobre qué iba a suceder (fases de desescalada, paso a la “nueva normalidad”, posibilidades de contagio, etc.); y en tercer lugar algo que se puede llamar la normalización de las conductas: los relatos hablaban de una dicotomía “nosotros” vs. “la gente” (ojo, ya no vs. “ellos”), siendo esta la que hacía algo mal: pasear a deshoras, acusar a vecinos, juntarse donde no estaba permitido, acaparar demasiado papel higiénico, salir de su hogar hacia segundas viviendas por fuera de los perímetros de seguridad permitidos, etc.

Y siempre, al final de esa normalización (“nosotros lo hacemos bien, pues es lo normal, lo justo, lo que requiere la situación”) una afirmación hacia el castigo: habrá repunte, habrá más contagios, habrá más multas, habrá más control, habrá más vigilancia... y

será culpa de “la gente”. Siempre me llamó la atención esos entes abstractos sobre los que descansar las responsabilidades para no generar conflictos personales: el mercado, el sistema, la administración, los políticos, la burocracia... la gente.

Aproveché para releer “Si la videovigilancia es la respuesta, cuál era la pregunta” (Galdon-Clavell, 2015), asustado al conocer que en China hay 1 dispositivo por cada 6 personas para vigilar aspectos biomédicos, corporales y faciales, y con la nueva situación controlar temperaturas, posibilidades de contagio y exposición ante otros contagiados. Orwell se pasea feliz mientras Huxley no puede darnos el soma suficiente.

CONFINAMIENTO DEL CONFINAMIENTO: CÁRCEL, RESIDENCIAS, COLEGIOS, TALLERES

Y como no podía ser de otra manera vinieron a mi cabeza las subjetividades que se están creando con la crisis del coronavirus y qué pasa a nivel espacial con los cuerpos. Se sucedieron protestas y propuestas para que presos en varias cárceles pudieran irse a sus casas, dada la peligrosidad del contagio en espacios de reclusión. A la vez, hubo (y hay) una contienda política en España debido a que la mayoría de fallecidos se produjeron en residencias de ancianos gestionadas de manera privada; a lo que en la segunda ola de rebrotes (agosto 2020) se suman contagios en población joven principalmente causados por el “ocio nocturno”. El discurso acerca de la sanidad pública volvía a escena, esta vez no en balcones y ventanas sino en centros de confinamiento de nuestros mayores, problemática estructural dado la interconexión de tres variables: envejecimiento de la población, precariedad de los trabajos (muchas gente no puede hacerse cargo de contratar servicios de cuidados) y cuidados a cargo de las familias, en un modelo que Esping-Andersen (1993), hablando del bienestar (¿?) denominó “Mediterráneo”.

En mi caso, el confinamiento comenzó antes de ser decretado el estado de alarma: mi abuela sufrió una infección de orina un lunes y el martes no pudo regresar a su centro de día, 6 jornadas antes de que nos bombardeasen con el obligatorio #Quédateencasa. #Sillevounasemana, les diría. Tras más de un mes, mi abuela falleció a sus 85 años debido a una insuficiencia cardiorrespiratoria, tras haber sobrevivido a una Guerra Civil, una posguerra y una pandemia. Y en ese momento se puso en suspenso la vida. No



hubo posibilidad de velatorio y el acto de cremación solo contó conmigo, mi mujer y los operarios de la funeraria. Esta pandemia también se llevó muchas formas rituales, siendo el duelo un ceremonial cultural por antonomasia. Egoístamente lo agradecí, pues evité el sufrimiento de las condolencias, si bien comprendí que en este caso sí había que hablar de distancia social y no solo física, siendo la primera la que más duele.

¿Y LA CALLE?

Tras esto, reacomodar la casa (compras de Ikea, muebles al trastero, donaciones de ropa de mi abuela, algún adorno que viene y otro que se va), lo que me llevó a recordar que los guaraníes con los que tuve la suerte de convivir hace 10 años quemaban sus casas cuando sucedía alguna tragedia. De la misma manera, eliminamos ciertos recuerdos y establecimos nuevos hábitos, teniendo más tiempo debido a haber eliminado la necesidad del cuidado. Y paulatinamente fuimos pasando fases de desescalada, lo cual me llevó a pensar en la calle. Al ser una sociedad consumista y con buen clima, la lucha por el espacio público es constante. Terrazas ganando centímetros para que los bares pongan mesas, padres y madres paseando con sus hijos, pero sin poder todavía acudir a parques infantiles, dueños de perros que tuvimos el privilegio de salir unos minutos al día mientras otros estaban confinados por completo, coches que no debían pagar franjas horarias de aparcamiento y ahora vuelven a hacerlo. Somos el único país de Europa que abrió de nuevo antes los bares que los colegios. Y eso se nota. Pero volviendo a la calle, cada día que paseaba iba viendo más gente que pedía limosna. Me pregunté qué le diría el Estado, en el *hashtag* antes mencionado, a las personas en situación de calle. Y me vino a la cabeza el poema en prosa de Baudelaire (1962) “La moneda falsa”. La ciencia social y la filosofía le deben más a la poesía que al método, aunque a veces se nos olvide.

SOLIDARIDAD EN LA MATRIX

Si en *Parásitos*, por un momento la familia protagonista quiso crear una nueva comunidad a expensas de otra, esto es algo que en la situación actual no se puede dar. Es cierto que el Estado (más bien la nación) elaboró toda una retórica comunitaria y belicista (“saldremos juntos”, “juntos podemos”, “esto lo paramos entre todos”, “estamos en una guerra y vamos a ganarla”, “el único enemigo es el coronavirus”). Pero más allá de esos enunciados deberíamos quedarnos con la solidaridad y la reciprocidad que fueron surgiendo. Policías animando a sanitarios con sus sirenas, aplausos por

doquier, donaciones anónimas (cuando no lo son, es limosna, aunque sea millonaria), ofrecimientos de ayuda por parte de vecinos, eliminación de alquileres por parte de dueños de casas y locales, etc.

Diversos autores y periodistas han venido comentando si la situación nos cambiará a mejor, a peor, o nos dejará igual que antes. Independientemente de lo económico y sus consecuencias, personalmente no creo que como especie vayamos a cambiar demasiado y esto todo se verá como un gran acontecimiento que en unos casos sirvió para unir, pero en otros sirvió para enriquecernos egoístamente. En cualquier caso, los delfines volvieron a Venecia, el agujero de la capa de ozono disminuyó y los alumnos pudieron terminar el curso. Si algo debemos aprender es lo efímeros que somos y, por lo tanto, la escasa trascendencia que como especie tenemos en el conjunto del universo, que de vez en cuando se venga en forma de pandemias, meteoritos o pestes.

En *Matrix*, el Agente Smith le comentaba a Morpheo que tras analizar a los humanos estos le parecen más que unos mamíferos (que se adaptan al ecosistema) unos virus (que lo destruyen multiplicándose sin cesar). Esperemos no tener que darle la razón.



REFERENCIAS

Baudelaire, C. (1962). *La moneda falsa*. El Spleen de París.

Bauman, Z. (2012). *Esto no es un diario*. Paidós.

Borges, J. (1960). *Otras inquisiciones*. Emecé.

Castells, M. (1997) *La era de la información*. Alianza editorial.

Derrida, J. (1989). *La escritura y la diferencia*. Anthropos Editorial.

Esping-Andersen, G. (1993). *Los tres mundos del estado del bienestar*. Alfons el Mag-nanim.

Foucault, M. (1982). *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias huma-nas*. Siglo XXI.

Galdon-Clavell, G. (2015). Si la videovigilancia es la respuesta, ¿cuál era la pregun-ta? Cámaras, seguridad y políticas urbanas. *EURE*, 41(123), 81-101.

Haraway, D. (1999). Las promesas de los monstruos: Una política regeneradora para otros inapropiados/bles. *Política y sociedad*, (30), 121-164.

Haraway, D. (2006). A cyborg manifiesto: Science, technology, and socialist-femi-nism in the late 20th century. En *The international handbook of virtual learning envi-ronments* (pp. 117-158). Dordrecht.

Marcel, M. (2009). *Ensayo sobre el don: Forma y función del intercambio en las socie-dades arcaicas*. Katz editores.

Walter, B. (2005). *Libro de los pasajes*. Ediciones Akal.

Zizek, S. (2020) *¡Pandemia! El Covid-19 sacude al mundo*. Red: Centro de Estudios de Orientación Psicoanalítica.

